

MONTES BARDO, Joaquín, *Iconografía de Nuestra Señora de Guadalupe, Extremadura*, Prólogo de José Hernández Díaz. Imprenta San Antonio, C/. Carlos Cañal, 32, Sevilla. Sevilla, 1978, 172 pp. y 29 láms.

Publicado en el quincuagésimo aniversario de la Coronación canónica de la Virgen de Guadalupe, este libro es la tesis de Licenciatura en Historia del Arte de su autor, dirigida por el profesor Hernández Díaz, quien escribe el acertado prólogo.

Se trata de una obra que aborda el tema con rigor científico y fina sensibilidad, llegando a tratar todos los aspectos referidos al título, e incluso extendiéndose a otras facetas que permiten comprenderlo mejor.

Comienza el estudio con una introducción en la que una serie de consideraciones mariológicas constituyen el planteamiento genérico del fundamento cultural de la iconografía de la Virgen, pasando después a explicar las razones personales del autor para realizar el estudio concreto de esta Virgen extremeña.

Articula la exposición en dos partes. La primera se refiere a la dimensión histórica de la Virgen de Guadalupe, contemplada desde su incidencia a lo largo del tiempo en diversos acontecimientos de la historia española y su transcendencia universalizadora, bajo la óptica de la impresión que han transmitido de ella diferentes viajeros, y desde el punto de vista de los historiadores que del tema se han ocupado. Se recogen con carácter exhaustivo todos los aspectos históricos referidos, pudiendo destacar los comentarios sobre el hecho, aparentemente extraño, de que haya muy pocas copias de este tema iconográfico en relación con su fama. En este sentido apunta Montes Bardo, con sólida argumentación, cómo los motivos económicos debieron pesar mucho pues las advocaciones filiales de América, por ejemplo, se organizaban de tal modo que aportaban sustanciosos ingresos a los monjes jerónimos guadalupenses, quienes por ello eran reacios de una difusión de la misma advocación fuera de su control. Pero también señala otras razones como son el respeto a la tradición, con cierto deseo de privilegio espiritual, y la dificultad de imitación de una imagen de sencilla factura y mal conservada.

Entre las Vírgenes que ostentan el nombre de Guadalupe en diferentes lugares, se refiere a la más famosa, la mejicana, cuya advocación es filial de la extremeña, aunque no su efigie, que en lugar de seguirla se inspira en la Virgen que a fines del siglo xv se dispone en el Coro de Guadalupe.

La segunda parte del libro se dedica al estudio concreto de la imagen extremeña de la Virgen de Guadalupe en dos aspectos, el artístico y el cultural. La dimensión artística de la imagen se plantea primero con la referencia a los ejemplos marianos conocidos en Extremadura de fines del siglo xii y del siglo xiii, para analizar después minuciosamente a la que es objeto del libro. Basándose en una excepcional observación directa de la imagen, desprovista de los numerosos aditamentos que siempre la ocultan casi por completo, y en los datos proporcionados por los restauradores que trataron la imagen hace un decenio, el autor es el primero en dar a conocer la verdadera forma original de la imagen de Guadalupe, que podemos resumir en los siguientes aspectos. Es una figura de 0,64 metros de altura, sentada en sencillo banco, tallada en madera de cedro. Románica, de finales del siglo xii, es Virgen Theothocos y Sedes, teniendo sustituidas la mano derecha de la Virgen, cambiada por otra en el Renacimiento para sostener un cetro, y la derecha del Niño, al que se colocó una de plata en la segunda mitad del siglo xv. La pintura original hace que sea del tipo de Virgen Negra, coloreándose de verde la túnica de la Madre y de azul la de Jesús, siendo ocre el manto de ambos. Ella

tiene tallada la corona, pero se oculta bajo una masa de mortero dispuesta para soportar los añadidos con que se le contempla habitualmente.

Concluye el estudio con un capítulo sobre la Virgen de Guadalupe como imagen de culto, aspecto bien tratado por el autor por reunir en su formación la condición religiosa y de historiador del Arte.

Resulta, pues, esta *Iconografía de Nuestra Señora de Guadalupe, Extremadura* una obra definitiva sobre el tema, tratada con singular acierto en toda la dimensión de los distintos aspectos desde los que una imagen sacra debe ser contemplada, constituyendo modelo para otros estudios semejantes.—S. ANDRÉS ORDAX.

MATEO GOMEZ, Isabel, *Temas profanos en la escultura gótica española. Las sillerías de coro*, Instituto Diego Velázquez, Madrid, 1979, 478 pp., 78 láms.

Este viejo tema, de las sillerías de coro españolas, pasa con esta obra del puro anecdotismo al reino de la ciencia. Piedra de escándalo para muchos, delectación morbosa para otros, el repertorio que aquí se aborda pertenece al dominio más estricto de la historia. Brazos, misericordias, respaldares, fueron asidero de una iconografía que pregona un ideal de libertad de expresión que parecía controvertir los ideales más puros de la ortodoxia. La Iglesia ha manejado un repertorio temático, que en ocasiones ha fluctuado de la ocultación y la puritana decencia, a la representación brutal de los pecados que se trata de combatir. Algo que no es exclusivo del comportamiento de la Iglesia Católica, pues nada menos que en la libertad expresiva de los grabados de Hogarth, la intención era precisamente resaltar los daños ocasionados por el mal, para que el horror que producían (moral *ad terrorem*) fuera el correctivo para evitarlos. Ni más ni menos como todavía en medio de la libertad tan permisiva de las manifestaciones artísticas de nuestra época defienden incluso algunos moralistas ante la presentación atrevidísima de escenas especialmente del Cine.

Para llegar a conclusiones, la autora ha merodeado con asiduidad en el campo del grabado, la miniatura, la literatura, tanto la culta como la popular. Y es así como salen a relucir viejos refranes, que al pie de la letra se convierten en escenas plásticas. De siempre el hombre ha tratado de pregonar sus verdades, y sobre todo sus propósitos moralistas o ejemplificantes, por medio de imágenes.

Ciertamente no es proceder que se circunscriba a nuestra Península, ya que este Otoño de la Edad Media es un movimiento europeo. Pero después de tantos desastres iconoclastas, ha venido a ser nuestro país la tabla de salvación de un legado antiguamente muy extendido.

Congratulémonos ver escrito en lengua española libro tan enjundioso, elaborado de la forma más pausada y silenciosa, en los anaqueles de muchas bibliotecas, en coplas y refranes, tras los recovecos mil de una sillería oculta por la sombra. Pero las figuras están ahí, bien identificadas, localizadas con testimonios literarios de primera mano.

La cultura simbólica, tan de moda en nuestra época (válvula de escape a un feroz materialismo), queda bien reflejada en el capítulo segundo, donde los animales son portavoces de un lenguaje que está escaso de palabras. Se luchará siempre con la ambivalencia, pues se trata las más de las veces de aplicaciones puramente convencionales.

Las fábulas y refranes atañen a la literatura. Si obra tan elevada como el Quijote no es sino un sabio cúmulo de refranes, no es mucho que en esta obra haya de apelarse de continuo a ellos. Fábulas clásicas, como las de Esopo, son las que prevalecen; pero hay también testimonios de sabor popular, como aquél proveniente de *El Corbacho*, del